



XVI
Congreso Nacional de
Investigación Educativa
CNIE-2021

Más allá de la teoría de la resistencia en educación

Rigoberto Martínez Escárcega

Centro Latinoamericano de Pensamiento Crítico
Universidad Pedagógica Nacional del Estado de Chihuahua
Correo electrónico: rigomarti@gmail.com

Área temática 01. Filosofía, teoría y campo de la educación.

Línea temática: Límites y fronteras del campo educativo con otras disciplinas humanísticas y sociales. El lugar de las humanidades en el mapa general del conocimiento.

Tipo de ponencia: Aportaciones teóricas.



Resumen

El propósito central del presente trabajo es construir los fundamentos teóricos que permitan realizar una lectura política de las prácticas contestatarias en la vida escolar. Se analizan de forma crítica y se reformulan algunas de las nociones centrales de la teoría del psicoanálisis. Se construye un diálogo entre la psicología profunda y el campo de la política. A la energía pulsional, ligeramente móvil, que tiene una meta y objeto definido se le da el nombre de *investidura de objeto*. A todas las modalidades de resistencia descubiertas por Freud, se les da el nombre de *contrainvestiduras de represión*. En cambio, a la energía ligada que está detrás de las pulsiones reprimidas que tienen como meta la descarga y la liberación, se denominan *sobreinvestiduras de resistencia*. La *ruptura psíquica* es otra noción teórica que se propone para explicar los momentos en los que el reservorio del ello se satura de energía pulsional reprimida. En consecuencia, las *relaciones de poder* se conciben como la manifestación desfigurada y sobredeterminada de la lucha de clases que constituye el núcleo traumático de las relaciones sociales. La *resistencia política* es una válvula de escape, un mecanismo de sublimación que oxigena la lógica opresiva. Finalmente, la *ruptura política* se dibuja como una posibilidad para generar una grieta estructural que resquebraje la lógica que articula las relaciones de poder.

Palabras clave: educación, política, poder, resistencia, ruptura.

Introducción

¿Las manifestaciones de resistencia a las prácticas opresivas que cobran forma en la vida escolar, consiguen resquebrajar la lógica opresiva que las produce? ¿Cómo se puede abordar la dimensión inconsciente en las prácticas de resistencia? ¿Cómo se pueden delinear los fundamentos teóricos de una pedagogía rupturista que logre desnaturalizar los imaginarios hegemónicos y desafiar la lógica que articula las relaciones de poder?

Para dar respuesta a estas preguntas es necesario reconocer el estado actual de la discusión en el campo de la sociología de la educación.

En primer lugar, aparece en el escenario político una postura contra las instituciones, cuyos representantes más notorios son Iván Illich (2006) y Everett Reimer (1973). Ellos critican la escolarización como un proceso de deshumanización generado por la sociedad posindustrial. Esta perspectiva sociológica adolece de una visión de totalidad, no alcanza a concebir a las instituciones como parte de una formación social vertebrada por un modo de producción capitalista.

Posteriormente, se desarrolla la teoría de la correspondencia representada por Samuel Bowles y Herbert Gintis (1981). Esta visión tiene el mérito de identificar el contenido ideológico de los procesos de formación escolarizados en la sociedad capitalista, pero también tiene la debilidad de establecer una relación mecánica y unilateral entre la escuela y el trabajo.

En la década de los setenta, cobran forma los estudios sobre la cultura escolar cuyos representantes más sobresalientes son Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron (1996). Esta postura, si bien logra identificar la importancia del capital cultural —heredado por la familia y el origen social— en el éxito escolar, termina eliminando el carácter contradictorio y dialéctico de las relaciones de poder que se presentan en el interior de las aulas.

Louis Althusser (2015), logra construir una teoría de la reproducción social. La escuela, igual que la familia, la religión, los medios de comunicación, entre otros, es ubicada como un aparato ideológico de Estado que tiene como función principal inculcar la ideología de la clase dominante. El mérito de Althusser es mostrar a la escuela dentro de la totalidad social. Sin embargo, desde esta perspectiva, toda estrategia de resistencia pierde efectividad política si es desplegada desde el interior de la dinámica escolar.

En este mismo contexto teórico, cobra forma una posición nominalista sobre el poder, Michel Foucault (1999) es su máximo representante. No le interesa el ejercicio instituido del poder desde el Estado, sino la cotidianidad de las relaciones de poder, los dispositivos de control que vertebran toda relación social. Una de las grandes aportaciones es el descubrimiento de que todo tipo de dominación contiene de forma consustancial una relación de resistencia. Poder y resistencia se convierten en fenómenos complementarios. La debilidad de esta propuesta es que la noción de política y poder no logra trastocar los límites de la lógica de guerra. La dimensión de lo inconsciente en las relaciones de poder queda marginada.

En la década de 1980 tuvo auge en América Latina una propuesta crítica de educación popular, encabezada de forma indiscutida por Paulo Freire (1990). Esta postura reconoce el carácter político de toda práctica educativa, tanto su aspecto opresivo como sus posibilidades de liberación. La principal debilidad de esta corriente de pensamiento es su carácter voluntarista, pues se parte del supuesto de que los procesos de concienciación son la base de toda emancipación social. Se desdeña, entonces, los elementos inconscientes que hacen posible los procesos de dominación.

A finales de la década de los noventa surgió en Estados Unidos una corriente de pensamiento denominada Pedagogía Crítica cuyos representantes más significativos son Henry Giroux (2003) y Peter McLaren (2005). Esta propuesta pedagógica logra distinguir y diferenciar el contenido político en los actos de oposición y las acciones de resistencia. Las conductas de oposición son prácticas contestatarias que desafían la cultura instituida en la vida escolar, pero, al mismo tiempo, fortalecen la lógica opresiva en un nivel social más amplio. En cambio, los actos de resistencia son prácticas colectivas y solidarias que emprenden los estudiantes para desafiar el autoritarismo en la escuela y, a partir de las cuales, surgen nuevos escenarios políticos de emancipación. La lectura política de las prácticas contestatarias posibilita una visión dialéctica de la vida escolar, teñida de mecanismos de control y al mismo tiempo iluminada por acciones afirmativas. Sin embargo, la Teoría de la Resistencia en la educación se fundamenta en la noción nominalista sobre el poder, que no logra desatar las prácticas contestatarias a la lógica de dominación de la cual forma parte.

Slavoj Žižek (2001), filósofo marxista y lacaniano, pone en tela de juicio los alcances políticos de las acciones de resistencia. Sostiene que la resistencia es un mecanismo de sublimación del capitalismo que tiene como propósito hacer más tolerante la lógica de explotación a la que pretende enfrentar. El esloveno establece que la resistencia es el medio a través del cual la lógica capitalista asimila las respuestas políticas que la ponen en peligro.

Para poder afrontar este debate teórico en torno a la noción de resistencia es necesario incursionar en la teoría del psicoanálisis, con el propósito de desentrañar la dimensión inconsciente de las relaciones de poder y, en particular, de las prácticas contestatarias en la vida escolar.

De esta manera, el propósito central del presente trabajo es construir los fundamentos teóricos que permitan realizar una lectura política de las prácticas contestatarias en la vida escolar.

Fundamentos psicoanalíticos de las relaciones de poder

Existe una contradicción entre la noción de resistencia que contiene la teoría del psicoanálisis, y la noción de resistencia que propone la sociología. Por un lado, el psicoanálisis concibe a la resistencia como una contrainvestidura de defensa del yo que reprime las mociones pulsionales provenientes del ello. Por otro lado, la

sociología define a la resistencia como un fenómeno de oposición a toda relación social opresiva. La resistencia entonces tiene un carácter conservador en el psicoanálisis, mientras que en el campo de la sociología adquiere un contenido liberador. Esta inconsistencia teórica no permite establecer un diálogo entre los fenómenos psicológicos y sociológicos. El carácter contradictorio de la noción de resistencia impide acercarse a la complejidad social a través de la psicología profunda. Por tanto, se impone la tarea de rehacer el concepto de resistencia dentro de la problemática teórica construida por el psicoanálisis.

La resistencia, en Sigmund Freud, es la energía desplegada por el yo para resguardarse de los contenidos reprimidos de forma inconsciente en el interior del ello. Cita en extenso:

Es una pieza importante de la teoría de la represión que esta no consiste en un proceso que se cumpla de una vez, sino que reclama un gasto permanente. Si este faltara, la moción reprimida, que recibe continuos aflujos desde sus fuentes, retomaríase el mismo camino que fue esforzada a desalojar, la represión quedaría despojada de su éxito o debería repetirse indefinidamente. Así, la naturaleza continuada de la pulsión exige al yo asegurar su acción defensiva mediante un gasto permanente. Esta acción en resguardo de la represión es lo que en el empeño terapéutico registramos como resistencia. Y esta última presupone lo que he designado como contrainvestidura (Freud, 2006 a, pág. 147).

El proceso de represión pulsional requiere de un esfuerzo constante, por parte del yo, para mantener sometidos a los contenidos inconscientes en los terrenos del ello. Este esfuerzo es nombrado por Freud como resistencia. La energía permanente que recibe la pulsión hace necesario un despliegue constante de resistencia o contrainvestidura.

La resistencia proviene de diferentes fuentes: del yo, del ello y del superyó. De esta manera Freud (2006 a) identifica cinco tipos de resistencias. Tres resistencias provienen del yo: el esfuerzo permanente de represión, la transferencia y la ganancia de la enfermedad. Así, el esfuerzo permanente de represión hace necesario el despliegue de una contrainvestidura por parte del yo. La transferencia es el fenómeno por el cual el paciente sustituye a su primera figura afectiva por la persona del psicoanalista. La transferencia puede ser positiva o negativa. La primera está llena de amor erótico y puede ayudar en el proceso terapéutico si es manejada con cuidado, mientras que la transferencia negativa está marcada por el odio y el rechazo, y se puede convertir en un obstáculo insalvable en la cura del paciente. La ganancia de la enfermedad es un proceso defensivo en el cual el paciente saca provecho de su condición neurótica.

El cuarto tipo de resistencia proviene del ello. En el ello tiene origen la resistencia de reelaboración, la cual se refiere a la actividad e influencia de los arquetipos inconscientes. Así, por ejemplo, el trauma del nacimiento genera una angustia por asfixia, a manera de arquetipo, que de forma posterior es empleada por el aparato anímico como un mecanismo defensivo frente a un peligro interno o externo.

Del superyó procede el quinto tipo de resistencia, denominada necesidad de la enfermedad. Esta resistencia se manifiesta como un sentimiento inconsciente de culpa; es una tendencia peligrosa al autocastigo y a provocarse daño. Esta es la más enigmática de las resistencias.

Todos los tipos de resistencia son inconscientes y forman parte de un proceso mayor de defensa del yo al lado de la represión, la regresión, la proyección, las formaciones reactivas, el aislamiento, entre otros. Como se puede ver, los diferentes tipos de resistencia tienen un carácter conservador, y tienen como objetivo común dar forma al proceso represivo. La resistencia, para Freud (2006 a), es una contrainvestidura permanente del yo para mantener su régimen represivo sobre las mociones pulsionales.

Para poder generar un diálogo entre la teoría del psicoanálisis y el campo de la política, voy a realizar una modificación conceptual a la noción de resistencia. A la energía pulsional, ligeramente móvil, que tiene una meta y objeto definido le doy el nombre de *invertidura de objeto*. A todas las modalidades de resistencia descubiertas por Freud (2006 a), les daré el nombre de *contrainvestiduras de represión*. En cambio, a la energía ligada que está detrás de las pulsiones reprimidas que tienen como meta la descarga y la liberación, las denomino *sobreinvertiduras de resistencia*. Así tenemos tres clases de invertiduras: *invertiduras de objeto*, *contrainvestiduras de represión* y *sobreinvertiduras de resistencia*.

Las *invertiduras de objeto* son la energía pulsional que tiene como meta la descarga y que utiliza como medio un objeto. Puede ser flexible e inflexible. Las pulsiones de autoconservación son de meta y objeto inflexibles, y demandan la descarga inmediata. En cambio, las pulsiones sexuales y destructivas suelen ser más flexibles.

Las *contrainvestiduras de represión* son la energía pulsional que emplea el yo, con auxilio del superyó, tanto para generar el proceso represivo como para mantener reprimidos los contenidos indeseados en el interior del ello. Se pueden identificar cinco tipos de *contrainvestiduras de represión*: el esfuerzo permanente de represión, la transferencia, la ganancia de la enfermedad, la reelaboración y la necesidad de mantenerse enfermo.

Las *sobreinvertiduras de resistencia* son la energía psíquica que está detrás de las mociones pulsionales reprimidas. Éstas, tienen una vocación por ligarse con otras invertiduras, a mezclarse, a cambiar de objeto y de meta, y a generar un proceso de transacción con mociones pulsionales preconscientes. La sublimación, las pulsiones de meta inhibida, las constelaciones oníricas y los síntomas son representantes genuinos de las *sobreinvertiduras de resistencia*. La sublimación es una vía indirecta de descarga pulsional aplaudida y admirada por la sociedad. La formación del sueño es otro medio indirecto de descarga pulsional. El síntoma es al mismo tiempo un medio indirecto de descarga pulsional y un mecanismo de defensa del yo.

Según lo establecido, se parte del supuesto metapsicológico de que el ello es un reservorio de energía pulsional reprimida. Ahora bien: ¿qué pasa y cuál es el destino final de la energía reprimida en el ello? Freud construye varias hipótesis:

Los viejos deseos reprimidos han de pervivir en lo inconsciente, ya que hallamos que sus retoños, los síntomas, son todavía eficaces. Pero esa respuesta no basta, pues no permite decidir entre dos posibilidades: si el viejo

deseo sigue ejerciendo efectos ahora sólo a través de sus retoños, a los que transfirió toda su energía de investidura, o si además se conservó él mismo. Si su destino fuera agotarse en la investidura de sus retoños, quedaría una tercera posibilidad: que en el circuito de la neurosis fuera reanimado por la regresión, por inactual que pudiera ser en el presente (Freud, 2006 a, pág. 134 y 135).

El destino de las *sobreinvertiduras* de resistencia parece tener tres posibilidades: primer escenario, se logra descargar toda la energía en alguno de sus retoños —sublimación, síntoma, sueño—. Segundo escenario, se acumula toda la energía en el ello. Tercer escenario, una parte de energía consigue una vía indirecta de descarga, mientras otra parte de energía utiliza al ello como un reservorio para almacenarse. El estallido de ataques psicóticos aporta evidencia empírica para defender el tercer escenario, en donde se conjugan las dos posibilidades extremas. De cualquier forma, el ello se convierte en un reservorio de energía pulsional reprimida, dispuesto a explotar cuando los límites de su capacidad han sido rebasados. La explosión de energía pulsional reprimida constituye uno de esos momentos de *ruptura psíquica* que generan un ataque psicótico de descarga donde se rompe con las condiciones y la lógica del proceso represivo. Estos momentos de ruptura psíquica van más allá de los límites que imponen las *sobreinvertiduras* de resistencia.

La *ruptura psíquica* es otra noción que me veo en la necesidad de construir para explicar los momentos en los que el reservorio del ello se satura de energía pulsional reprimida. En este sentido es que, mientras las *sobreinvertiduras de resistencia* son un mecanismo de descarga indirecta de energía pulsional que ayuda a ser más tolerable el proceso represivo, la *ruptura psíquica* es un estallido abrupto de energía pulsional reprimida que rompe de forma estructural la dinámica psíquica que da forma al proceso de represión en su totalidad. Las *contrainvertiduras de resistencia* son consustanciales a la represión, son parte constitutiva del proceso represivo, en cambio la *ruptura psíquica* es una fractura irreconciliable con el proceso represivo que la generó. Las *sobreinvertiduras de resistencia* son cómplices subrepticios de la represión, mientras que la *ruptura psíquica* es el nacimiento radical de una nueva constelación emocional.

Del psicoanálisis a la sociología

Las nociones de *resistencia* y *ruptura* desarrolladas en el ámbito de la metapsicología son la base que ayuda a adentrarnos en la complejidad de las relaciones de poder. Ahora, voy a llevar estas nociones teóricas al campo de la política para establecer un diálogo entre los fenómenos psíquicos y sociológicos.

Las relaciones de poder las concibo como la manifestación desfigurada y sobredeterminada de la lucha de clases que constituye el núcleo traumático de las relaciones sociales. De esta manera el poder lo remito a la metáfora del síntoma, en tanto que éste representa la conjunción contradictoria y dialéctica de las diferentes investiduras

de energía pulsional. El síntoma es al mismo tiempo una descarga pulsional indirecta y las contrainvestiduras de su cancelación.

En el síntoma está presente la realización desfigurada del deseo pulsional, y, al mismo tiempo, el mecanismo defensivo de su cancelación. Pero, además de esta lucha presente en el síntoma de forma inconsciente, surge un esfuerzo secundario del yo, por incorporar el síntoma a su organización. “Al primer acto de la represión sigue un epílogo escénico prolongado, o que no termina nunca; la lucha contra la moción pulsional encuentra su continuación en la lucha contra el síntoma” (Freud, 2006 a, pág. 94).

El síntoma, igual que el poder, es el terreno sobredeterminado donde se desarrolla la lucha entre tendencias energéticas contrarias. El poder es la manifestación desfigurada de tendencias sociales contradictorias, pues expresa tanto las condiciones históricas en las que se originan las relaciones sociales de producción, como los conflictos políticos actuales y las circunstancias concretas que dan especificidad cultural a los agentes que participan en las relaciones de poder.

Las relaciones de poder se componen de dos elementos contradictorios, pero complementarios: la dominación y la resistencia. A todo acto de dominación corresponde una resistencia. “... donde hay poder hay resistencia, y no obstante (o mejor: por lo mismo), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” (Foucault, 1991, pág. 116). Tanto la dominación como la resistencia conforman la lógica que articula toda relación de poder. La resistencia es tan necesaria a la dominación, así como la dominación es la fuente de donde emana la resistencia. La resistencia no rompe la lógica de poder que constituye, sino que la complementa. Así, por ejemplo, la sublimación, como una descarga pulsional indirecta, hace más tolerable el proceso represivo.

La dominación tiene dos formas de expresión: la coerción y la persuasión. La coerción hace referencia a la violencia directa y frontal que emplean los opresores sobre los oprimidos para dar forma a una relación opresiva. La coerción no cuenta con el consentimiento de los oprimidos, sino que tiene como mecanismo de funcionamiento el miedo de los oprimidos. En cambio, la persuasión se basa en el consentimiento de los oprimidos sobre su propia opresión.

La persuasión se compone de dos formas de manifestación: la hegemonía y el goce. La hegemonía (Gramsci, 2002) se refiere a la participación de los oprimidos en su propia dominación. La hegemonía cobra forma a través de diversos y complejos procedimientos sociales de inculcación ideológica. Así, Louis Althusser (2015) señala a los aparatos ideológicos del Estado —la familia, la escuela, la religión, los medios de comunicación, los sindicatos—, como agencias de inculcación ideológica. La hegemonía es la forma en la cual los grupos oprimidos hacen suyos los intereses de los grupos opresores. El goce, según Braunstein (2006), se basa en el autocastigo, en el sentimiento de culpa que lleva a los agentes de una sociedad basada en la represión pulsional a sentir placer con su propia destrucción. El goce es una manifestación de la necesidad de la enfermedad, representa el momento crítico cuando un neurótico se vuelve autodestructivo. El goce es otra modalidad por la cual se

expresa la dominación social. Los oprimidos necesitan una figura de autoridad que los domine y los castigue. En el goce, la dominación genera un placer masoquista.

La *resistencia política* es la respuesta contestataria a todo acto de dominación, es una sobreinversión que tiende a la liberación pulsional. A diferencia de Henry Giroux (2003) que hace una distinción en las prácticas contestatarias entre oposición y resistencia, aquí resalto dos elementos políticos de los que se compone la resistencia: *resistencia negativa* y *resistencia positiva*. La *resistencia negativa* cobra forma cuando se desafía la cultura autoritaria que impone la institución, pero a costa de exacerbar las prácticas opresivas. Es decir, tiene un carácter contestatario pero un contenido político retrógrado y conservador. En cambio, la *resistencia positiva* se articula por una respuesta política liberadora; es la respuesta política a todo acto de dominación. Sin embargo, la resistencia en su conjunto ayuda a fortalecer la lógica subyacente que articula las relaciones de poder. La resistencia hace más tolerable la dominación. La resistencia es una válvula de escape, un mecanismo de sublimación que oxigena la lógica opresiva.

Finamente, la *ruptura política* se dibuja como una posibilidad para generar una grieta estructural que resquebraje la lógica que articula las relaciones de poder. La *ruptura* es producto de una acumulación de contradicciones estructurales, un exabrupto de la lucha de clases. La *ruptura* es provocada por la acumulación de energía pulsional reprimida que lleva a una verdadera transformación social. La *ruptura* es el momento libidinal de la conjugación de contradicciones que empujan la historia. No obstante, la *ruptura* no es un fenómeno de la voluntad, es una consecuencia de las contradicciones que genera la lucha de clases. La *ruptura* no es una respuesta contestataria a la dominación, sino que es, más bien, la negación misma de las relaciones de poder. La *ruptura* es el ataque psicótico que pone de cabeza el orden establecido. La *ruptura* es la contraviolencia de clase hecha poder colectivo. La *ruptura* es, parafraseando a Frantz Fanon (1965), una violencia mayor ante la que se inclina la violencia institucional.

Conclusiones

La resistencia es un mecanismo indirecto de descarga pulsional que hace más tolerable el proceso de represión. La resistencia es una sublimación del capitalismo. La resistencia termina fortaleciendo la lógica opresiva que combate. La resistencia es espontánea, inconsciente y contestataria. La resistencia no rebasa nunca los límites que establecen las relaciones de poder. La resistencia nunca es mayor a la violencia institucional que la generó. La resistencia es una lucha abierta, pacífica y estéril contra la opresión y la explotación social.

Por el contrario, la ruptura es producto de la acumulación de la energía pulsional reprimida. La ruptura es la explosión de la rabia acumulada de los grupos oprimidos contra el régimen de explotación vigente. La ruptura es una contraviolencia colectiva mayor a la violencia estructural del capitalismo. La ruptura es producto de una

acumulación de fuerzas en silencio. La ruptura hace añicos la lógica que articula las relaciones de poder. La ruptura es la emergencia de nuevos imaginarios políticos emancipadores. La ruptura es una coyuntura política sobredeterminada que hace posible una transformación radical del mundo.

A partir de los elementos teóricos expuestos se puede delimitar los fundamentos de una pedagogía rupturista. La pedagogía rupturista se fundamenta en los principios metapsicológicos que articulan una psicosis colectiva. La pedagogía rupturista, al igual que todo estado psicótico, entra en choque frontal con el principio de realidad; rebasa cualquier proceso de asimilación o sublimación psíquica que haga más tolerante el proceso represivo. La pedagogía rupturista, al igual que los procesos psicóticos, rompe con cualquier modalidad de las *sobreinvertidas de resistencia*; no se agota en ningún proceso indirecto de descarga pulsional. La pedagogía rupturista es el producto de una acumulación de energía reprimida que desemboca en un ataque psicótico colectivo.

Referentes bibliográficos

- Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (1996). *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Madrid: Fontamara.
- Bowles, S., & Gintis, H. (1981). *La instrucción escolar en la América capitalista*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Braunstein, N. (2006). *El goce un concepto lacaniano*. México: Siglo XXI Editores.
- Fanon, F. (1965). *Los condenados de la tierra*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1991). *Historia de la sexualidad 1: la voluntad de saber*. México: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1999). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1990). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.
- Freud, S. (2006 a). Inhibición, síntoma y angustia. En S. Freud, *Obras completas volumen 20* (págs. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Fuerzas de Liberación Nacional. (2015). *Las Fuerzas de Liberación Nacional y la guerra fría en México 1969-1974*. Apodaca: La Casa de Todas y Todos.
- Giroux, H. (2003). *Teoría y resistencia en educación*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Gramsci, A. (2002). *Antología*. México: Siglo XXI Editores.
- Illich, I. (2006). La sociedad desescolarizada. En I. Illich, *Obras reunidas I* (págs. 187-323). México: Fondo de Cultura Económica.
- McLaren, P. (2005). *La vida en las escuelas. Una introducción a la pedagogía crítica en los fundamentos de la educación*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Reimer, E. (1973). *La escuela ha muerto: alternativas en materia de educación*. Barcelona: BARRAL.
- Žižek, S. (2001). *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.